



VEINTINUEVE DÍAS
DE ABRIL Y MARZO

ADRIÁN BERNAL



Este libro está publicado bajo una licencia Creative Commons Reconocimiento
Compartir Igual 3.0

Usted es libre de:

- Compartir — copiar, distribuir, ejecutar y comunicar públicamente la obra
- Hacer obras derivadas
- Hacer un uso comercial de esta obra

Bajo las condiciones siguientes:

- **Atribución** — Debe reconocer los créditos de la obra de la manera especificada por el autor o el licenciante (pero no de una manera que sugiera que tiene su apoyo o que apoyan el uso que hace de su obra)
- **Compartir bajo la Misma Licencia** — Si altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada, solo puede distribuir la obra generada bajo una licencia idéntica a esta

Entendiendo que:

- **Renuncia** — Alguna de estas condiciones puede no aplicarse si se obtiene el permiso del titular de los derechos de autor
- **Dominio Público** — Cuando la obra o alguno de sus elementos se halle en el dominio público según la ley vigente aplicable, esta situación no quedará afectada por la licencia
- **Otros derechos** — Los derechos siguientes no quedan afectados por la licencia de ninguna manera:
 - * Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior
 - * Los derechos morales del autor
 - * Derechos que pueden ostentar otras personas sobre la propia obra o su uso, como por ejemplo derechos de imagen o de privacidad.
- **Aviso** — Al reutilizar o distribuir la obra, tiene que dejar muy en claro los términos de la licencia de esta obra

© 2012, de los textos - Adrián Bernal

© 2012, del diseño y las ilustraciones - Erick Eduardo Zelaya.

© 2012, de la edición - DisparaLaPalabra (Adrián Bernal y Erick Zelaya)

ISBN: 978-99926-95-84-5

Impreso en Honduras

A Tegucigalpa.





VEINTINUEVE DÍAS
DE ABRIL Y MARZO

ADRIÁN BERNAL

Uno
Mañana en Calle Finlay

Las palomas vigilan la calle.
Los cuervos acechan ahí abajo.
Los diarios amplían la plantilla de muertos.
La sección Sucesos: cantera de premiopulitzers y
enterradores.

La bilis me sube por la garganta.
Mi estómago es una metáfora.
La radio sorprende con una buena canción
(Belle Époque, Belle Époque para la impunidad).
Trago saliva y continuo.
La vida se niega a vivir en determinadas condiciones,
encerrada,
maquillada
o en pequeñas dosis.
Soy una mala copia de un poema de Bukowski escrito en
Los Ángeles en 1966.

Seguiré con esto hasta el día que me muera.
Los cuervos levantan el vuelo.
Las palomas vigilan la calle.

Un hombre me mira desde la ventana.
Debe de estar preguntándose
qué diablos hago aquí
sin hacer nada,
sentado
mirando un cuaderno,
perdiendo el tiempo
mientras él limpia los cristales
del hotel Plaza del General.

Abajo
los carros pasan,
enormes,
las lunas polarizadas.
Cuando se apean los tipos que los manejan
uno se sorprende de lo pequeños que parecen.

José de San Martín (1778-1850)
domina la plaza
inmóvil
(en especial reconocimiento del pueblo
y gobierno argentino
a la cámara de comercio e industria
de Tegucigalpa).
Él (libertador de Argentina, Chile y Perú)
debe de estar preguntándose
qué diablos hace acá
sin hacer nada,
parado,
preso
entre edificios
que no dejan ver el mar,
un pie a punto siempre de tocar el suelo,
condenado a soñar con escapar.

Desde mi ventana tampoco se ve el mundo,
apenas fragmentos de esta ciudad
que reivindico como míos a cada paso:
el rostro de los taxistas,
los baches en las calles,
los cafés del centro,
el musgo cubriendo las estatuas,
los versos que florecen en las esquinas,
los sueños de quienes sueñan con escapar
y los sueños de aquellos que escapan.

Por ahora me conformo con eso.
El viento me saca del poema,
cierro el cuaderno,
saludo al limpiacristales
y comienzo, de nuevo, a caminar.

Tres
Veinte de marzo

Me asfixia el humo, el cemento,
ver caer el polvo hasta que lo cubre todo,
incluso mi sombra.

Me despierto de un sueño en el que tengo todos
los huesos de cristal.

En la calle los autobuses vomitan tristeza
y los peatones cruzan mirando hacia otro lado.
Tal vez hoy tengamos suerte.

Un viejo se sienta junto a un árbol.
Tiene pesadillas por las noches, ya no recuerda
cuándo empezaron,
como si siempre hubiesen estado allí.

La acera es gris y la gente también.

Aunque, es cierto, a veces alguien se sobrepone
y la esperanza crece en la basura
pero que no cunda el pánico,

ya se encargará la policía de ella.
Esta vez tampoco habrá que pensar.

Por las ventanas se cuele el olor de libros quemados.
El odio es mezquino
y muerde a quienes se agarran a las farolas,
a las que no se resignan al naufragio,
a quienes prefieren la incertidumbre
o el dolor
que seguir durmiendo.

Hace frío aquí afuera.
Mañana será primavera.

**Cuatro
Sueño**

Sueño contigo.
Las calles están cambiadas.
Tú no.
Tú estás igual.

Caminamos
por el andén de un metro.
Algo nos preocupa.
Intento consolarte
pero no sirve de mucho.
Ni yo me trago lo que estoy diciendo.
En medio de la oscuridad te pregunto si sueñas,
también,
si sueñas, a veces,
si sigues soñando.
Hay demasiado ruido
y no alcanzo a oír lo que contestas.

Sueño contigo.
Te explico que casi no tengo sueños, ya.
Los pocos que me quedan

se esfuman por el techo.
Intento retenerlos,
compartirlos
pero desaparecen nada más abrir los ojos,
se me mueren en la punta de la lengua,
me quitan el sueño
y no consigo volver a dormir.

Sueño contigo.
La multitud nos impide el paso.
Hay ojos dibujados en la frontera.
Encontramos una puerta en una espiral.
Alguien nos persigue. Corremos.
Tu mano se suelta.
Miro hacia atrás y ya no estás.
Giro una esquina
y me encuentro contigo.
Pero ha pasado el tiempo.
No recuerdas nada
y comienzo a explicarte, otra vez,
desde el principio.

Qué extraño, contarte un sueño en un sueño.

Sueño contigo.
Parece que vamos a derrotar a la noche
pero no veré el día que asoma.
He de irme.
Tengo una esquirla de luz
en el lagrimal izquierdo.

Creo que estoy a punto de despertar.

Cinco
Relato que se convirtió en paisaje

La noche ahí afuera. Miles Davis flotando en la habitación. De la calle llega algo que parece ruido de disparos y entra a tiempo con el compás de la música. Comienza Blue in Green. Los periódicos en el suelo hablan del incendio de la cárcel. Hace tiempo que el escritor no escribe. No debería ser tan difícil encontrar una historia. Escribir algo, no tiene por qué ser una obra maestra. No todo el mundo es Capote, o Coltrane. La clave es comenzar y continuar y llegar hasta el final. Aunque sea para probarse a uno mismo. Aunque sea por cualquier cosa. Antes todo era más fácil. Las historias salían solas, ni siquiera les daba importancia. Acababan perdidas en cuadernos, en carpetas, en cajones, en la papelería. Ya escribiré otras, pensaba. Esto no vale nada, puedo hacerlo mejor. Ahora mataría por recuperar alguna de las peores de entonces. Antes era bueno. Probablemente lo sigue siendo. Es decir, el escritor todavía domina las palabras. Pero ya no sabe contar historias. Qué mierdas ha pasado. Necesita respirar. Se asoma al balcón. Desde ahí se ve buena parte de la ciudad. Sigue con la mirada la calle que sube hasta llegar al final de la colonia. La calle le lleva a pensar en otras calles, a recordar. Pero siempre hay otras calles y ya habrá tiempo para melancolía, tristeza, poesía, maldiciones.

El escritor emprende el camino de regreso. Ahora lo que ocupa es una historia. Para empezar, un personaje. Un personaje que crezca, que supere conflictos, que termine la historia caminando sin mirar hacia atrás. Una buena historia siempre debe terminar con alguien caminando sin mirar atrás, como en un western: de espaldas a la cámara, sube la música, leve picado, traveling en retroceso, fin, títulos de crédito. Aplausos. Como en Raíces profundas (¡Shane! ¡Vuelve, Shane!). O mejor, como en una novela de Chandler. Marlowe siempre marcha en la última página, pase lo que pase. Espere quien espere. Cumple con lo pactado y se larga. Qué clase de historia sería esa, si no, qué clase de vida, una que no acaba. Corroborando el razonamiento el Kind of Blue llega a su fin. Las sirenas de un carro de policía toman el relevo. También se van. Queda el ruido de karaokes, chupaderos, taxis, rancheras subiendo desde la calle. El escritor vuelve a pensar en otras calles. Hace calor en la noche centroamericana y no es fácil encontrar un protagonista, una historia, sudando como un cerdo. Por un momento piensa en enviarlo todo al carajo, encender el televisor, salir a dar una vuelta. Pero no, vuelve al protagonista. Un esfuerzo más. Al escritor siempre le gustó eso del escritor. Como en las películas de Woody Allen o las novelas de Stephen King. Había un nombre para eso. Lo busca. Autorreferencialidad. Qué terrible. Sigue. El género lo tiene claro, eso sí. Novela negra. Hay que recuperar la novela negra, la novela social de nuestro tiempo. Tal vez está cayendo en tópicos, recapacita. Un momento de lucidez. Algo va mal. El tono está cambiando. Debería poner otro disco de Miles, de Trane, de Satchmo, de Lady Day. Hace un rato se sentía más cómodo, jugando con la ficción y la realidad, con la ficción en la ficción, en plan Auster (aunque Auster le gusta bien poco, qué pedante se pone a veces, el maje) pero ahora el cinismo va ganando terreno y se encuentra más cerca de Bukowski, del Bukowski mediocre, por otra parte, el de Pulp,

por ejemplo. No el Bukowski de La senda del perdedor o Factótum, no. No el Bukowski poeta. Ojalá. Aunque puestos a querer escribir como alguien él siempre quiso escribir como Bolaño en Los detectives salvajes. El escritor piensa que empieza a divagar. Mejor tomar una cerveza y despejarse un poco. Se levanta de la mesa y abre la nevera. No quedan. Se vuelve a sentar, furioso, y el ruido del lápiz sobre el papel es como el de una emboscada, como el de una batalla, como el de la Campaña de África, como el de una guerra. No. Mejor: como el ruido del saxo de Coltrane en los '60, bramando, a toda máquina, como en Ascension, como el ruido del free jazz y el Black Power y los Panteras Negras reclamando desde el gueto tierra, pan, vivienda, educación, vestimenta, justicia, poder para el pueblo. Mucho mejor. Sin duda. Parece que la inspiración regresa. Hay que aprovecharla, ya cambiará el disco más tarde. Sí, el protagonista será un escritor. Alguien perdido en una ciudad perdida. Alguien como él mismo. Alguien que vence a sus demonios interiores en la noche más oscura, en una noche sin fin y escribe, experiencia vital y talento, un relato, un libro de relatos, una novela breve, una novela minoritaria pero bien acogida por la crítica, una segunda oportunidad en su carrera, un digno reconocimiento a un trabajo digno, casi revolucionario en realidad. Bien pensado: una obra de culto. Ya ni se mira el lápiz rayando el papel, el cuaderno, la mesa, el suelo, el edificio, traspasando la velocidad de la luz. Difícil entender las letras transformadas en fuego. Las líneas se diluyen. El escritor se diluye. Sus ojos están más allá de todo, soñando el final del final. Soñando un epílogo. Última página: el escritor caminando sin mirar atrás, descendiendo las escaleras de la casa, saliendo a la calle, observando la noche estrellada, entrando en una pulpería a comprar cervezas. Punto y final. Tegucigalpa. Abril 2012. Esta edición consta de quinientos, mil, dos mil, diez mil, cien mil ejemplares. Se cierra el libro. Corten.

Primero pensé que la poesía era pura
y bella,
que solo podía acercarme a ella
con palabras hermosas
y de muchas sílabas,
con metonimias, sinalefas, oxímoros y
sinestesias
(sobre todo sinestesias,
sé de qué hablo),
con libélula, parnaso, hipocampo,
salvaguada
o aguamarina
y que no había nada más urgente que ella
y que yo no estaba en venta.

Más tarde llegué a la conclusión de que la poesía era
una cosa seria,
de traje y corbata,
meditabunda,
concienzuda,
de ceño fruncido y libros de muchas páginas,

filosófica,
centrada en debatir las posibilidades de su propia
existencia

después de Auschwitz.
Creo que escribí un poema con ese título, incluso,
y me aburrí bastante.

Después tuve la certeza de que la poesía era un tipo duro
fumando tabaco negro,
el pitillo en la comisura de los labios,
Bogart con toda la mano sobre la cara,
el cigarro casi en los nudillos,
los ojos entrecerrados para no llorar por el humo,
para no llorar por nada.

Pasó el tiempo y descubrí que la poesía era trinchera,
barricada,
disparo,
arma cargada de futuro,
cóctel molotov
y la arrojaba, consecuentemente,
en las manifestaciones
a los policías (—¿Qué es violencia?, —dices
mientras clavas / en mi pupila
tu pupila azul.— / ¿Qué es violencia?
¿Y tú me lo preguntas? / Violencia... eres tú).
Ante mi desconcierto
ninguno caía herido de muerte,
ni siquiera de vergüenza.

Luego creí que la poesía era una puta
traidora,
mentirosa
que nunca me quiso.

Casi al final entendí
que la poesía nunca fue nada que no fuera yo
y ahora escribo
siempre
en el papel,
en los muros de todas las ciudades,
en los lavabos,
en los sueños,
en trozos de nada.
No sé si esto es o no poesía.
Ni me importa.
Pero ya no me siento tan solo.

Siete
Plaza La Merced

Recuerdo las cervezas en las plazas,
las noches en los bares,
las calles pintadas de amigas bailando.

Recuerdo tu risa,
una canción pegadiza,
gente que pasaba por allí,
que no quería o no sabía irse a dormir a tiempo.

A veces el tiempo es un asunto complicado.

Recuerdo como un relámpago
—nunca hice muchas fotos
ni pensé demasiado en ello—
que la madrugada tenía ese brillo
verde que apaga el naranja
de las luces de la ciudad. El olor
nauseabundo de lo cotidiano
reducido a esperar
resignado
la vuelta a casa,

la rutina,
la cárcel de todos los días.

Nuestras pequeñas victorias,
nuestra forma de amar,
sacándole luz al gris
mientras esperábamos el sol en algún banco.

Entonces las carcajadas tenían un sonido metálico,
afilado,
como de cuchillo,
como de cagarse en todo.
Esas eran las mejores
—como de agarrarse a clavos ardiendo—,
cuando sabes de sobra lo que hay más abajo,
abajo del todo,
y no estás dispuesto a volver.

Ocho
Anexo a Plaza La Merced

Te recuerdo
desnuda contra la luz,
sin saber dónde empezaba una
y acababa la otra.

El próximo invierno será frío.
Lo noto en los huesos,
en los ladridos de los perros,
en cómo encorvan la espalda las ancianas
al caminar hacia ninguna parte.

El próximo invierno será frío.
Morirán todas las cigarras.
Morirán todas las hormigas.
Tal vez se salven las cucarachas
o los banqueros.

El próximo invierno será frío,
más frío que cualquier otro invierno,
la televisión hablará del verano
y los periódicos de una ola de calor.
Entretanto
los zombis invadirán la ciudad
y se confundirán con los políticos
(quién no votó a un zombi en alguna ocasión:
devoran la misma cantidad de carne humana
pero mienten mucho menos).

Repito,
el próximo invierno será frío,
llegará sin avisar,
con sonrisa de matarife,
como diciendo
solo hago mi trabajo,
si no asesino yo
asesinará otro,
son cosas de la oferta y la demanda.

Tendrá que probar mis dientes
si quiere gobernar esta calle.

Hemos comenzado a organizar el incendio
con la determinación de los caracoles
—no habrá clemencia para diciembre—.
Se aceptan bocas y manos.

Diez
Ciudad de Guatemala

Soy una fotografía que nunca me tomé en un bar de Ciudad de Guatemala. Un nombre cualquiera escogido al azar de entre los que cubren los muros de la Catedral (un nombre que tal vez alguien gritó mientras le subían a un carro sin placa). Un rostro en un cartel en una calle. La palabra memoria, la palabra dignidad o la palabra justicia en un diccionario de sinónimos y antónimos editado a ambos lados del Atlántico. El apretar de puños. Los viudos de mundo. Los asesinados en junio. Los fusilados. Los de siempre. La poesía al servicio del pueblo. La sonrisa retornada. La mañana triunfante. La niebla en Quiché. No soy un centro comercial construido sobre un campo de concentración, como los que levantaron junto al mar que me vio crecer. Un demócrata de toda la vida —hijo de fascistas de toda la vida—. El responsable del departamento de recursos humanos de la Coca Cola, de Burger King o de las Naciones Unidas. Un burócrata del Fondo Monetario Internacional. Una estatua que un militar erigió a otro militar. La tierra vendida antes del incendio. El tipo que mató a Facundo Cabral.



Once
Autobús interurbano

En esta ciudad hay dragones
(lo he leído,
los he visto.
Lo sé).

Algunos observan el tránsito de los coleópteros
a las seis en punto de la mañana
—a las seis en punto,
cuando todavía no asoman los minaretes
de los templos
y nadie cambiaría la baldosa más miserable
por el brillo de las torres de marfil—
como si no fuera con ellos,
como quien oye llover.

Otros fingen dar cabezadas
en sillas de faquir
entre capítulo y capítulo de novelas del oeste
ajadas por el azufre
y el pasar página,
el nombre de Edward Goodman (Davenport, 1908)

o Silver Kane (Tucson, 1927)
en la portada.
Ninguno de los dos se llamaba así
ni supo jamás cómo es el reflejo del sol
sobre las praderas de Iowa
o cómo los chamanes conversan con el Gran Cañón.
Bastante tuvieron con nacer dos veces para que la derrota
no los aniquilara.
Pero esa es otra historia.
Volviendo a aquellos que fingen dar cabezadas:
lo cierto es que simplemente esperan el fin del mundo
con la paciencia de los panaderos
o las luces de neón.
Todo lo demás es puro teatro.

Unos pocos guardan el fuego para las grandes ocasiones,
en estufas de gas,
en chasquidos de dedos.
Prometen que su llamarada se lo llevará todo
y no creo que mientan
pero están más preocupados por morder la tierra que
se extiende
hacia el nordeste
que por comenzar el incendio.
Su sonrisa ilustra la entrada de la palabra torvo en la
enciclopedia.

Pero a quienes hay que tener en cuenta,
a quienes en realidad hay que temer
es a las mariposas
cuando se cansan de volar
y a los lunes
cuando deciden retroceder.

Mira a esa mujer en el asiento de al lado
¿estará escribiendo un poema,
la lista de la compra,
una carta de amor
o el manifiesto que retomará
definitivamente
el conflicto
entre la lucha de clases
y la mezquindad
de los rescoldos,
las brasas,
los sueños?

Es difícil saberlo.
No obstante,
nos estamos acercando.

En esta ciudad hay dragones.

Estoy mirando la pantalla de la computadora
pero en realidad
no veo nada.
Tengo imperdibles en los ojos,
cianuro en los párpados,
un cementerio en el pecho,
todas las ventanas tapiadas.

Asisto a reuniones,
asiento con la cabeza,
pregunto y respondo
pero en realidad
tengo un vertedero en la boca,
ceniza en la lengua,
tierra quemada en la garganta,
alfileres en las venas,
pesadillas cada noche.

Hago fotocopias,
respondo al teléfono,
escribo informes

pero en realidad
tengo veinte kilos de tristeza en los bolsillos,
un saco hecho de miedo y pena,
gomadós en los zapatos.
No me sirven de nada, aun así
tengo la costumbre
de arrastrarlos conmigo a todas partes.

Tengo abierta la puerta de la jaula
y un reloj
para contar los minutos que pasan
mientras continúo encerrado.

Me gustaría desaparecer fulminado por un rayo,
arrojarme desde un puente
verme atrapado en un tiroteo
pero ya caí bastante bajo,
ya hice el ridículo suficiente.
Contaré hasta diez
y saldré de aquí.

Tal vez nos encontremos en otro agujero. Es posible.
Pero en este, nunca más.

Trece
Aeropuerto

No es bueno estar demasiado tiempo frente a un espejo.
Hay un momento en que no distingues
quién es el reflejo
y los matices,
los pequeños cambios,
te trastornan:
el corazón, por ejemplo,
está en el otro lado. No encuentras nada
cuando llevas la mano al pecho.

El consuelo queda lejos de cámaras de fotos
o permanecer en las esquinas.
Las cosas que no se mueven no suelen estar vivas.

Agarrado a los recuerdos,
tan joven y tan muerto
como un actor en viejas películas,
como luz
que llega tarde
no es bueno estar demasiado tiempo frente a un espejo.

Hoy sales a la calle a soñar un mundo nuevo.
Te levantas temprano,
preparas café,
enciendes la radio
y suena una canción de J. B. Lenoir.
Te entretienes mirando a un gato cruzar tu ventana.
Encuentras algunas pesadillas en un cajón
—no recordabas haberlas dejado ahí—
y las utilizas para tapar las manchas de humedad
de las paredes. Escribes un poema.
Te cambias de ropa
y sales a soñar un mundo nuevo.
Empiezas por la primavera
(en esta ciudad confunden la primavera con la lluvia
y la lluvia con los domingos.
Los domingos no los confunden con nada
pero hacen como que nunca son)
y por un cine de barrio.
Se te ocurre una novela de Bolaño.
Construyes una estación de tren en una colonia
al sur de Comayagüela

y contratas a las prostitutas del Centro
como vendedoras de boletería.
Donde antes estaban las prostitutas ubicas el Congreso,
para que algunos aprendan el significado de la palabra
trabajo

y descubran cómo ciega el sudor propio
y sabe el ajeno.
Regresas a casa agotado
y tu mundo apenas comienza.
Es como amolar un cuchillo con las manos desnudas:
parece que nunca conocerás el filo,
que se te desollarán las palmas hasta llegar al hueso,
que morirás de viejo
o te suicidarás
antes de lograr abrir surcos en los ojos.
Pero tal vez,
quién sabe,
después de años
de edificar en carne viva
algo parecido a la utopía,
un día
cambias una coma,
añades una palabra,
eliminas una frase
y sangras,
al principio nomás un rasguño
pero pronto a borbotones brota el mundo
aunque ni siquiera así es suficiente,
todavía no,
no del todo
y vas un paso más allá
y dejas de hablar de poesía a todas horas
y bebes el llanto de los peces

y planeas en qué lugar estallarás
y Vallejo y Darío y Rimbaud
y sales a la calle a la mañana siguiente
decidido
a soñar un mundo nuevo.

Quince
Noche en Calle Finlay

Misrata Calling sobre la mesa.
Cervezas vacías.
Sonny Rollins.
Demasiada luz.
Demasiado poco ruido.
Subo el volumen.
Me quedo casi a oscuras.
Otra cerveza.
Escribo.
No sé cómo
ni por qué.
Pero escribo.
No es lo mismo escribir sobre el papel
que con un teclado.
No es lo mismo saber qué quieres escribir
que quedarte a verlas venir.
Pero a veces hay que escribir por escribir,
con lo que sea que tengas a mano,
con rabia,
con indiferencia.
Pero escribir

y dejar que el odio
o el amor
suban con cada letra.
Las palabras van apareciendo en la pantalla
al principio con miedo,
luego orgullosas,
como quien improvisa salir a la calle a ver qué pasa,
hablar con las esquinas,
gastarse los labios en los parques,
asomarse a los billares,
hacerse viejo en la barra de un bar,
emborracharse
y llorar como un niño
por la discusión más estúpida del mundo,
enfurecerse por el olor del miedo en la ropa y arrojar
piedras a los escaparates;
sentarse en cualquier bordillo de la ciudad y contemplar
a los mendigos durmiendo,
a las madres cargando siglos sobre sus cabezas,
a la policía atemorizando a los perros,
a los predicadores aprendiendo la tabla de multiplicar;
caminar quince cuadras
y descubrir el sonido del propio cuerpo,
la velocidad de un poema de Roberto Sosa
o de Juana Pavón,
el resultado de la potra en el Guanacaste,
el tono en el que están afinados los taxis
(sospecho que es si menor),
el peso atómico de una baleada,
el número exacto de calambres necesarios
para poder ver
con claridad
el Cinturón de Orión.

Dieciséis
Otro sueño

Emma Goldman me está mirando,
los anteojos en la punta de la nariz,
en el regazo un libro de Angela Davis.

Chaval, si no se puede bailar no es una revolución
(¿dónde escuché eso antes?). Chaval,
Nueva York no es San Petersburgo. Nueva York
no es Tegucigalpa.
Nueva York no es Nueva York.

Chaval, no olvides estas palabras:
Haymarket, Kropotkin, Kronstadt.
Tendrás otros sueños.
Vendrán días que parecerán agujeros.
Tal vez olvides mi rostro.
Pero no olvides estas palabras:
Durruti, Anarquía, Libertad.

Chaval,
ahora despierta
y vive.
Pero no olvides.

No llores por mí, Babilonia.
No son lágrimas lo que debes derramar.
No es tu llanto
ni el mío
lo que conseguirá doblegar el martillo
de los forjadores del odio.

No llores por mí, Babilonia.
Desapareceré sin aspavientos
una tarde de otoño
—si es que logro encontrar el otoño
en el pulso sanguíneo de tus arrabales,
en la parada de autobuses que es tu sexo—
y no volverás a saber de mí.

No llores por mí, Babilonia.
Aprendí todos los idiomas de tu carne
y no fue suficiente para hacerme entender
por los saqueadores de tumbas.

Te amo, Babilonia,
pero pesa demasiado el carmesí de tus lustros
sobre mi espalda.
Así es la vida
(no llores por mí).
Te dejo mi abrazo.
No te derrumbes,
que no ceje en tu espíritu la lucha
ni se duerma en tu mano la espada
hasta que levantemos
un mundo nuevo
en cualquier otra parte.

Dieciocho
Poema encontrado en una maceta

Espero que te vaya bien,
que no hayas olvidado el estruendo de la pólvora sobre
tus pasos,
que no hayas confundido locura con esclavitud,
que reclames como propios todos los triunfos que
consideres necesarios
pero también algunos fracasos.

Espero que haya risa más allá de donde estás,
que en el invierno más crudo des a luz un verano,
que tu llanto no se parezca a la producción de las maquilas
ni a las tiendas de regalos de los aeropuertos.
Espero que hayas perdido el juicio
y no la máscara.

Espero que recuerdes mi papel en tu tristeza
—yo no olvido—
pero, sobre todo, espero que recuerdes tu papel en tu tristeza,
en las tristezas ajenas
o mejor

en las alegrías ajenas
y en las propias.
Espero que recuerdes solsticios
y borres calendarios.

Diecinueve
Poema para detonar un invierno

Esto es un poema de mierda.
Poco más que algunas palabras
ordenadas al azar
—potlatch, poesía, dinamita—
unas detrás de otras,
como si supiera de qué hablo,
como si necesitara escribir,
esputar, aullar, derribar paredes con los puños
para no reventar aquí mismo.

Este poema de mierda
no cambiará gran cosa:
no me ayudará a pagar las facturas ni a robar
en los supermercados.
No trabajará de ocho a cinco.
No resucitará a Woody Guthrie.
Ni siquiera hará saltar por los aires un edificio del gobierno
o la oficina principal de un banco.

Ya ves,
los asuntos importantes son ajenos
a este poema de mierda.

Ahora bien,
si renuncias a las balas
debes defenderte de los cuchillos y de los espejos
con lo que sea que tengas a mano,
incluso con un poema de mierda o dos.

Este poema de mierda no sirve para nada,
eso ya lo sé yo,
pero tampoco los políticos a los que votas
ni las mentiras que dices
ni nada de lo que haces.
No es solo culpa mía,
entonces,
que sea más interesante un poema de mierda
como este
que tu vida de mierda.
No estoy aquí para recomfortarte.
Espero que tampoco tú hayas venido a perder el tiempo.

Veinte
Paseo República Argentina

Me encuentro con La Mona Lisa en la esquina de Plaza San Martín con el Paseo República Argentina. Me detengo. Hay algo en el aire. Algo pesado y eléctrico. Ozono apagando las farolas. A nuestro alrededor los policías juegan a la lotería. Los oficinistas cargan grilletas sobre sus orejas. Los vendedores de periódicos ignoran el peligro. Tegucigalpa se devora el hígado y lo vomita para alimentar a los zopilotes. Se desconoce cuándo dejará de crecer. Huele a basura en el suelo, a fruta en la calle, a aceite y sudor en las champitas. Los hoteles, ahí atrás, disimulan, siempre disimulan. La Gioconda y yo nos miramos. Ella tiene una pistola y sonríe con la serenidad de los lobos, como quien se sabe más allá de los barcos y de los naufragios. En sus ojos las puertas se cierran. En su mano derecha el eslogan preferido de las franquicias. Leonardo, Roma, París son palabras vacías. Solo queda la victoria del plomo, tan luminosa como un pozo ciego. Decido marchar. A los pocos metros doy la vuelta. No tiene sentido. No tendría que ser así. Ni siquiera sé cómo te llamas. Eso no tiene importancia, contesta: los sicarios no tenemos nombre. Los pobres, tampoco. La mañana se lleva las pesadillas, pero a veces los daños colaterales arrastran consigo también los sueños. Hay quien quiere que renunciemos a todas

las aceras. Camino con un pan con frijoles en el estómago, una canción en la cabeza, un poema en la punta de los dedos. Bajo los párpados las flores asomando en el asfalto. El humo de los carros asfixiándonos. La prisa dirigiendo el tráfico. Eso me recuerda que llego tarde al trabajo, pero podría ser peor, otros llegan tarde a la vida. Por si acaso acelero el paso. A pesar de todo, los mercados que abren. El día que comienza. La ciudad que late.

Veintiuno
Avenida Los Próceres

Me agacho para atarme el zapato izquierdo
y nadie sospecha que
en realidad
me preparo para una guerra.
Mi corazón ha decidido ser un árbol con las raíces
hacia afuera.

Escucho tu voz
y entiendo de qué hablaba William Blake
cuando hablaba de Jerusalén.
Abro la ventana y recuerdo la luz.
El viento en la cara es el invierno que explota.
Tengo un túnel en los pulmones
que lleva hasta el final del mundo.
Allí guardo toda la dinamita
y algunos libros
(lo único que me queda).
Aparte de eso ya no tengo nada,
ni siquiera miedo,
y no hay rata que se atreva a aguantarme la mirada.
No piensen que me gusta jactarme de ello,
es solo que esta ciudad te obliga

a ser hermano de las estatuas.
Y esta ciudad es todas las ciudades.
Es por eso que guardo en los bolsillos
una navaja
y un trozo de madera:
para no olvidar,
cuando llegue el momento,
cómo debe sonar
el asalto a los cielos.
Y es que
mi corazón ha decidido ser un árbol.

Veintidós
Collage

Sonrisa de zopilote,
ojos de basurero cinco minutos antes que pase el camión,
acento de no haber visto nunca amanecer,
sin embargo,
la última vez que el miedo vino a llevarseme todo,
tuvo que conformarse
con un billete de veinte lempiras
—para una baleada con carne, balbuceó,
los ojos mirando al suelo—.

(No saben lo que me costó entender mi propia letra
en este poema).

En esta ciudad conocí poetas
capaces de hacer temblar los fusiles
con guerrilla asonante,
como balacera de sonetos,
como el filo de un verso,
como Otto René Castillo
o Roque Dalton.
Labor científica

la de sus asesinos:
confirmar las hipótesis
de que hay comadreja en todas partes
y que la luz solo puede cegar
a quienes ya ven¹.

(Vayan con cuidado,
algunas palabras explotan en las manos
en cuanto acabas de leerlas).

Una vieja canción²
y un poema de Marcos Ana.
Murmurando la letra
duermo un sueño sin sueños
mientras las estrellas y los guecos, atentos,
velan por que ningún mediocre³ nos despierte
con el trajín de su trabajo.

(Talad, talad: que no descuelle el corazón
de música oprimida).

¹ Si no supiera para qué sirve la luz, como Pasolini en blanco y negro parado ante la tumba de Gramsci, si no imaginara los colores que confunde la vista de los enemigos del pueblo, si no supiera que Sodoma es cualquier ciudad.

² Bailas y la noche es como boca de lobo y no estás y ocupo el tiempo coleccionando los nombres de la risa según la posición de la luna sobre tu incisivo derecho. Bailas. Y nunca la oscuridad dio tanta luz.

³ Tú te pareces a gente que me encuentro mientras camino: gente que reza, gente que escupe, gente que espía a través de tragaluces.

Ventitrés
Despedida

Algún día me iré de esta ciudad,
más tarde o más temprano. Lo sé
como quien recita los meses de treinta y un días
sin dudar,
con la certeza de los manicomios
y las peleas de gallos.

Algún día me iré de esta ciudad.
Ese día agarraré una botella cualquiera
—la primera que encuentre—,
la llenaré de pegamento
y aspiraré hasta el final,
nomás para tener clara la diferencia
entre despedida
y complicidad

(como Capa viendo caer a los milicianos)

y no miraré atrás.



Veinticuatro
Parque Central

Como París diciéndole a Vallejo
he nevado tanto para que duermas,
yo desanduve tanto
para que pudieras volver.

No me preguntes qué ha cambiado,
qué me encontré en el camino.
Solo sé que saqué del armario los malos sueños,
las últimas veces
y ahora te espero como Morazán esperó siempre en
esta plaza,
la espada en alto,
el saco de los domingos,
las patillas recién rasuradas.

De aquí no me pienso mover
hasta que caiga la última lluvia de febrero
y crezca la hierba
y los políticos pidan perdón
y tú regreses.

Veinticinco Mapa

Como en un cuento de Borges los tecnócratas construyen mapas más grandes que las ciudades y cambian los nombres de estas por los de aquellos. La capital del mapa se convierte en la capital de la ciudad y el Norte pasa a estar siempre arriba. Los locos deciden salir a caminar a la deriva y dejarse llevar por la marea que sube con la luna y se diferencia de la corriente en detalles casi imperceptibles, deciden olvidar, deciden olvido, deciden no decidir decisiones ya decididas por otros, deciden renunciar al mapa. Renunciar al mapa es aferrarse a la posibilidad de una mañana. Renunciar al mapa es renunciar a renunciar, arriesgarse a que la capital de Honduras no sea nunca más Tegucigalpa sino la sexta palabra de la séptima línea de este poema, a que durante tres semanas la lluvia caiga solo los días pares o a que todas las divisiones con decimales den sistemáticamente como resultado un tango de Piazzola; arriesgarse a que el Caribe comience en la séptima avenida de Comayagüela, a que crezca la hierba en los moles y los zompopos se apoderen de los parqueos, a que las radios hagan acopio de decibelios en el mercado negro para dar la noticia de que han matado a Radio Raheem y Radio Raheem sea el nombre de cualquiera y lloremos de rabia por no haber tenido rabia cuando lloraban otros; arriesgarse

a jugar a rayuela con Guy Debord y ganar o a amanecer un día
sabiéndonos de memoria y sin previo aviso cada palabra escrita
por Cortázar en Nicaragua o a tener la oportunidad de leerle
muy muy despacio y sin apartar la mirada,
palabra
a
palabra,
el poema Combate al asesino de Clementina Suárez.

Veintiséis
Biografía para una primavera

Según los datos de los que disponemos,
la esperanza
tuvo que salir huyendo de una ciudad a orillas del Mediterráneo
una mañana de abril
o de marzo
(los testimonios no coinciden en ese aspecto)
de 1939.
Las águilas desembarcaron en la playa
y sembraron muerte en cada grano de arena
—décadas más tarde de esa muerte brotaría un centro comercial
pero ese no es el caso que nos ocupa;
no está de más decir,
no obstante,
que desde entonces en Alicante la Calle Primavera tiene
otro nombre
y los almendros florecen con dolor—.

La siguiente vez que alguien asegura haberla visto
es separando los versos de la metralla
en el Madrid del No pasarán,
aunque finalmente sí pasaron

y el odio puso en marcha su gran proyecto,
posteriormente llamado por los historiadores fascismo,
transición
o democracia.
Volviendo a la esperanza,
en su camino al exilio,
cuentan,
recorrí idiomas silenciados de improviso por Dios
y sus acólitos
—quiénes si no podrían destilar tanto rencor hacia Babel—
y casi en la frontera,
una noche de septiembre,
compartió el pan y el vino
con un lector de Baudelaire y de Marx.
Hablaron de los monstruos de la razón
y de los atardeceres en Ibiza,
se abrazaron
y no volvieron a verse nunca más.

Llegó a Francia con lágrimas en los ojos
y fuego en el pecho,
como un huracán a mediados de agosto,
justo a tiempo para combatir en primera línea
y liberar París.
Se quedó viviendo allá una temporada,
dicen que se la podía ver cada jueves,
con aguacero o sin él,
parada frente a la tumba de Vallejo
hasta que algunos años más tarde surgió mayo
y llovieron barricadas.
En este punto las fuentes discrepan:
unas aseguran que arrojaron adoquines a los gendarmes
codo a codo con ella

mientras otras afirman que cayó en octubre
en la Plaza de las Tres Culturas del Distrito Federal
bajo las balas de la policía.
Escaso intervalo de tiempo para caminar tanta rabia
(es comprensible la confusión con un puño alzado
apenas a unos metros de allí,
en concreto doscientos,
los que detonó Tommie Smith para escapar del miedo
y subir a un podio
y perderlo todo
excepto la dignidad).

En cualquier caso,
aunque no podemos determinar con exactitud
cuándo cruzó el océano
con las manos vacías,
como una acacia tras la lluvia de otoño,
lo que sí es seguro es que en algún momento
al otro lado del mar
conoció a la memoria
e hicieron el amor
salvajemente
durante semanas
o siglos
en las calles de Santiago,
de Buenos Aires,
de Montevideo
o de Guatemala,
cuando hacer el amor estaba prohibido
y nacer estaba prohibido
y todo estaba prohibido
excepto morir de pena
o torturado.

Nunca pudo perdonarse que a los desaparecidos
se los llevaran los buitres
pensando que era a ella a quien borraban el rostro
y escribió canciones para recordar
y poder dormir algunas veces
y combatió el olvido
con fusiles y palabras
y los dictadores respondieron a todo
con cementerios.

Entre tanta tristeza le perdemos la pista
hasta que un abogado encuentra en Asunción el terror
un veintidós de diciembre
(el mismo veintidós de diciembre en el que diez años más tarde
morirá de vida
Joe Strummer)
y se supo lo que ya todos sabían,
que el poder tuvo siempre los mismos nombres y apellidos,
así que la esperanza renunció a los suyos
y se puso un pasamontañas
y se refugió en la selva
para no ser nadie
y estar en todas partes.
Fueron tiempos de asesinos silenciosos y mercados de humo,
de tratados de libre comercio
y fábricas de esclavos,
de cumbres y contracumbres,
de Seattle y Génova y Barcelona ardiendo
y un chaval llamado,
por ejemplo,
Carlo Giuliani
tirado en mitad del asfalto
y perros con el mismo collar.

Esto es lo que sabemos con total seguridad.
Hasta aquí podemos leer
sin adentrarnos en el campo de la mera hipótesis.
Necesitamos distanciarnos, reflexionar,
evaluar la información,
corroborar todas las traiciones,
no negociar con finales felices.
A partir de aquí solo queda
arrojarse al vacío,
andar con pasos cortos,
soñar,
escribir de nuevo la palabra utopía
lentamente,
como quien aprende caligrafía,
en cada pared,
prescindir del pensamiento científico.
No sé ni por dónde empezar
pero se rumorea
que la esperanza
ha regresado a la ciudad.

Pensarán ustedes,
qué duda cabe,
que esto no deja de parecerse
a un final feliz
o casi.
Estoy de acuerdo
pero ya sé cómo acaban las frases quienes nunca abrieron
las puertas
y cómo suena el crujir de huesos de los viejos.
Me aferro a troncos podridos arrastrados por la corriente,
me he aferrado a cosas peores,

hay quien lo hace a cada minuto.
Me guardaré las explicaciones para la risa.
Se rumorea que la esperanza ha regresado a la ciudad,
les digo,
y tengo ganas de verla.

Veintisiete
Último sueño

Ulises Marlowe espera que se abra la puerta
y entre una madrugada de junio
y un swing se apodere de la mitad de su esqueleto
y las balas silben su melodía preferida
y cien mil whiskies.

En el despacho de Ulises Marlowe
los teléfonos alunizan
y la televisión es en color
—todo lo demás blanco y negro—
aunque él prefiere la radio
y en la radio suena siempre Coltrane,
Coltrane todo el tiempo,
que a veces sigue enganchado a la heroína
y otras habla quedo con Tristan Tzara
y las últimas hace estallar diccionarios
y Ulises Marlowe hubiese querido ser saxofonista de jazz
pero tampoco está mal
lobo estepario,
las noches, los seísmos, los disparos
y Ulises Marlowe,

cuando nadie mira,
juega al ajedrez,
riega los geranios que crecen en las terrazas,
lee a Rilke a escondidas.

Piensa, pobre Ulises Marlowe,
que su vida es una novela negra,
una película,
un relato breve, en sus peores días,
ni de lejos esto:
la realidad,
las dos de la mañana,
la ciudad a través de nosotros,
un poema
pero Ulises Marlowe apoya los pies sobre la mesa,
se ajusta el sombrero
y se pregunta de qué color tendrá el pelo
la primera madrugada
que entre ese martes por la puerta,
si negro o blanco
y cómo debe ser bailar bajo la nieve
y qué hora en California
y siempre,
todo el tiempo,
siempre
John Coltrane.

Veintiocho
Ventana

En estos días de abril y rabia,
de amor y marzo,
de vendettas y trastiendas,
de un mayo que se declaró insumiso
y dio con sus huesos en la cárcel
y de un junio que solo atinó a replicar
tiene usted toda la razón, señor y no volvió
a mirar a la cara a julio
ni a septiembre,

en estos días de mañanas y borrachos,
de agostos que viven por encima de sus posibilidades,
de olímpias y motaguas,
de un octubre que hizo todo el trabajo y al final se negó
a aparecer en los títulos de crédito
(excesivo, el peso de otros octubres,
la tradición familiar,
las expectativas puestas en él),
de un noviembre que fue jueves,
de poemarios de treinta horas
y de poetas que recitan en semáforos en verde,

las farolas fundidas,
las calles vacías,
las aceras hipócritas,

las historias de miedo que cuentan
los viejos
entre trago y trago,

bienvenidas todas.

Ahora que es de noche
y la ciudad brilla
y deberíamos estar asustados
y no lo estamos,
acérquense,
esto es lo que hay:

risas en el callejón,
paredes pintadas,
poetas rabiosas,
estrellas valientes,
pequeñas victorias,
canciones de amor.

Esto es lo que hay.
Aquí estamos,
queramos o no.
Viviremos vidas grandes
o insignificantes
pero viviremos.

Si aceptan esto
pueden quedarse,
mirarnos desde lejos,
arrimarse a veces
para construir muros
más bien bajos,
dejar de asustar a las pájaros,
escribir baise la police
en la puerta del váter
de algún edificio oficial,
disparar palabras.

En caso contrario,
si son tan amables,
regresen a su oscuridad.

Cuentan que Philip K. Dick
hablaba con Dios
como quien platica con un viejo amigo.

Entre psicotrópicos,
ovejas eléctricas,
comunidades hippies
y relámpagos de ajeno
K. Dick le decía a Dios
que algo no estaba bien,
que algo fallaba
y fue por eso que lo asesinó la CIA.

A veces
yo también hablo con Dios.
Como soy ateo
me permito ese de igual a Igual,
esa palmadita en la Espalda,
ese no mames Cabrón
cuando empieza con alguna de esas historias
que no se le ocurrirían ni a Philip K. Dick.

Entonces,
cuando el Flor de Caña ha descendido lo suficiente
y hay confianza
y a Él le brillan ligeramente los ojillos por el alcohol
me atrevo a preguntarle por eso de la Trinidad,
por la virginidad de la Virgen,
por el Cielo y el Infierno
(maje, eso del Infierno es una cagada
¿en qué estaban pensando?),
(maje ¿y el Limbo? ¿y el Purgatorio?
manda huevos),
(maje, el Infierno debe ser un lugar horrible
si es peor que esto).

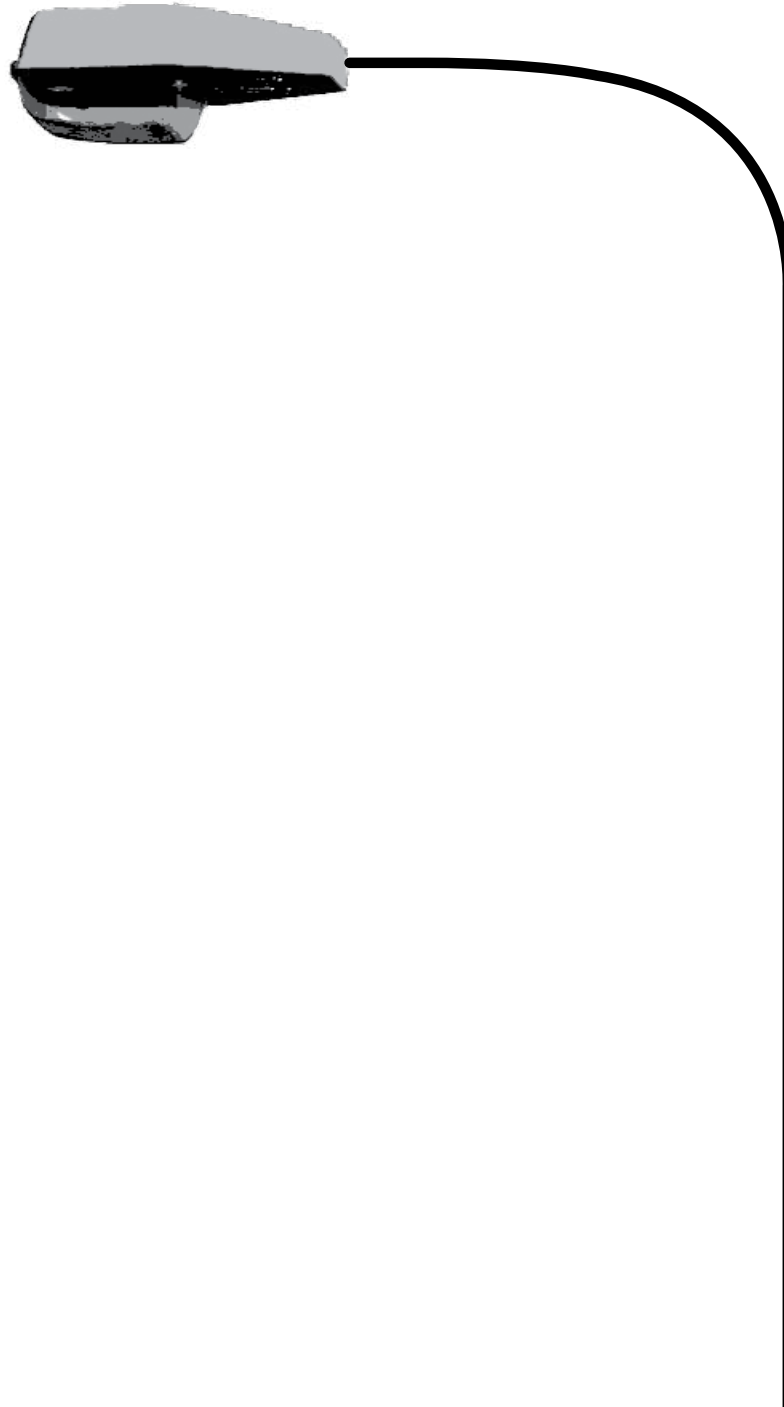
Él responde encogiéndose de hombros,
apartando la mirada,
tartamudeando
que si los caminos del Señor,
que si los misterios de la Fe,
que si los designios de Más Arriba.

Dios se parece bastante a los mercados financieros.

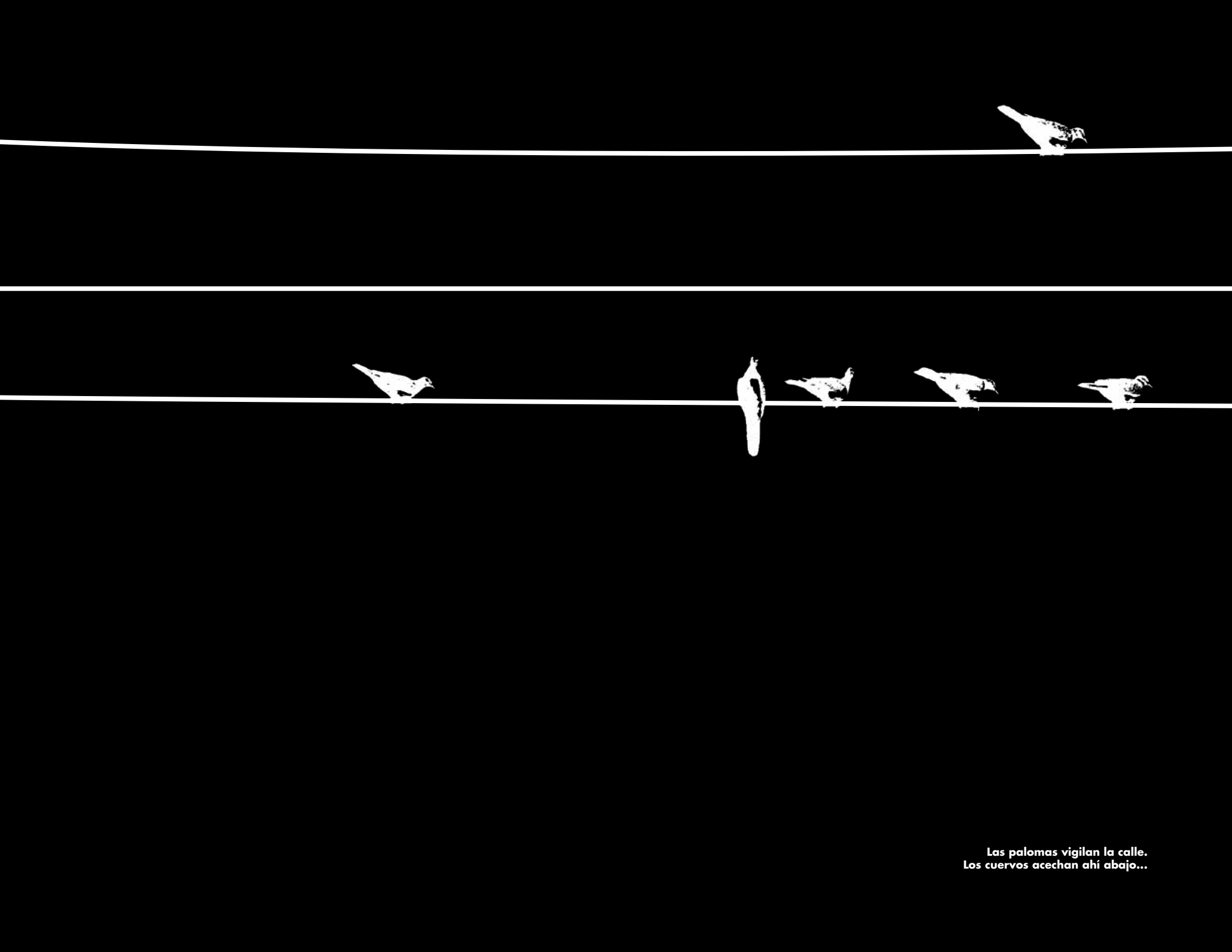
Así que me enfurezco
y estoy a puntísimo de comenzar a gritarle:
Sodoma, Gomorra, Babel, El Diluvio,
Peste Negra, Inquisición, Cruzadas, Guerra Santa,
Genocidio, Esclavitud, Guerras Mundiales, Fascismo,
Haití, Palestina, África, El Mundo,
Josef Mengele, Justin Bieber, José María Aznar.

Pero
al final
me tranquilizo
y me muerdo la lengua.

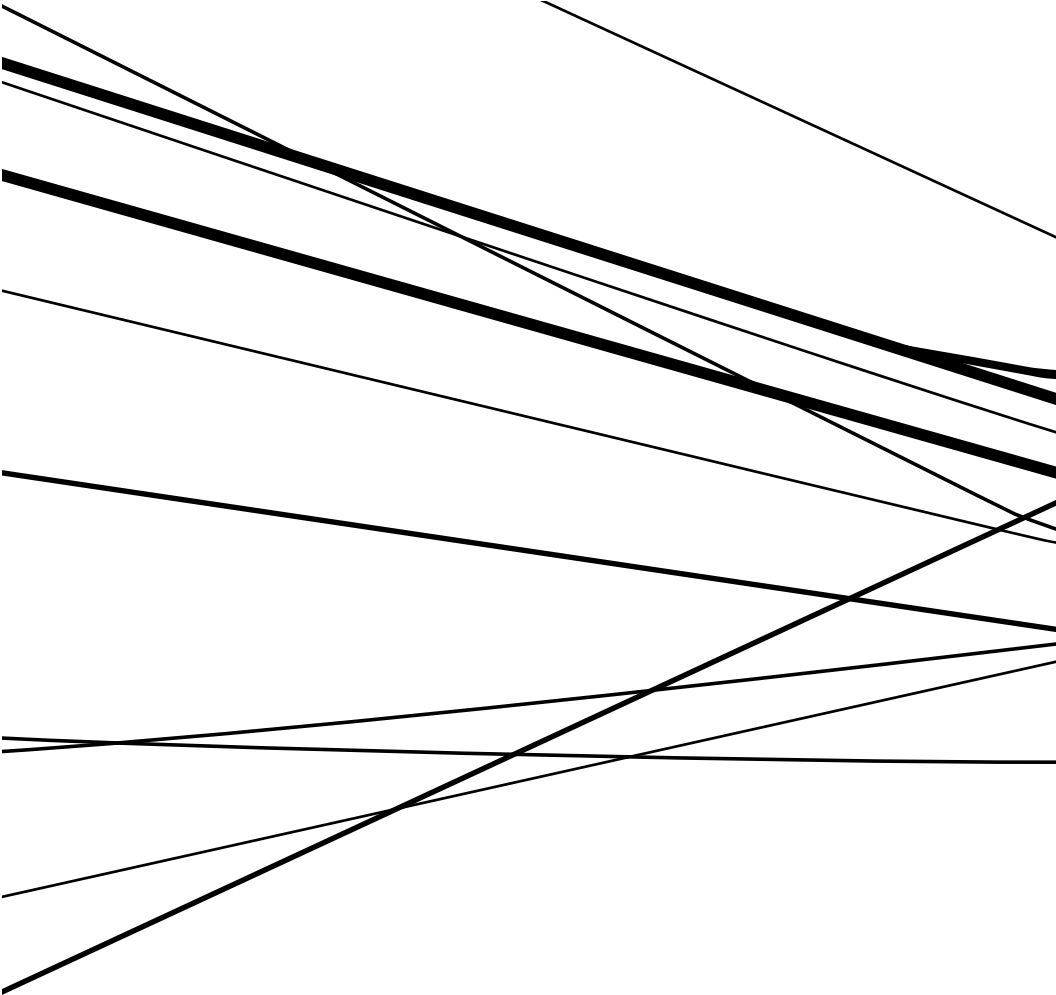
Después de todo, agachará la cabeza
o me saldrá con que la mayoría de esas cosas
no son Cosa Suya, sino de la humanidad
y me callo
y le pido un taxi
y me trago las palabras
para no decirle,
cruel venganza,
que El hombre en el castillo le da mil patadas a la Biblia
y fue por eso
que la CIA asesinó a Philip K. Dick.



Uno. Mañana en Calle Finlay	09
Dos. Plaza San Martín	11
Tres. Veinte de marzo	15
Cuatro. Sueño	17
Cinco. Relato que se convirtió en paisaje	19
Seis. Parque La Leona	23
Siete. Plaza La Merced	27
Ocho. Anexo a Plaza La Merced	29
Nueve. Cantina	31
Diez. Ciudad de Guatemala	33
Once. Autobús interurbano	37
Doce. Oficina	41
Trece. Aeropuerto	43
Catorce. Plaza Los Dolores	45
Quince. Noche en Calle Finlay	49
Dieciséis. Otro sueño	51
Diecisiete. Poema encontrado en un cuaderno	53
Dieciocho. Poema encontrado en una maceta	55
Diecinueve. Poema para detonar un invierno	57
Veinte. Paseo República Argentina	59
Veintiuno. Avenida Los Próceres	61
Veintidós. Collage	63
Veintitrés. Despedida	65
Veinticuatro. Parque Central	69
Veinticinco. Mapa	71
Veintiséis. Biografía	73
Veintisiete. Último sueño	79
Veintiocho. Ventana	81
Veintinueve. Madrugada en Calle Finlay	83
Treinta. Bonus Track	87



Las palomas vigilan la calle.
Los cuervos acechan ahí abajo...



Dispara la Palabra